



DOS PALABRAS Á QUIEN LEYERE.

(ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICIÓN.)

No necesita prólogo este libro. En el texto de la obra, en el *Utilogo* y en la *Epístola á Horacio*, están expuestas mis ideas sobre el poeta latino y sus imitadores, é indicados en parte los motivos de este pobre trabajo.

Aquí sólo me cumple dar las gracias á cuantos para él me han facilitado noticias ó documentos, en especial á mis entrañables amigos D. José R. de Luanco y D. Gumersindo Laverde Ruíz; al Excmo. Sr. D. Leopoldo A. de Cueto, historiador doctísimo y crítico sagáz de nuestra literatura en el siglo XVIII; á mi inolvidable y

sabio maestro D. Manuel Milá y Fontanals; al muy diligente bibliógrafo portugués D. Antonio de Silva Tulio; al Sr. D. José María Latino Coelho, honra asimismo de las letras lusitanas, y talento de los más flexibles y universales de nuestra Península; á mi excelente condiscípulo y amigo de corazón Antonio Rubió y Lluch, que pronto dotará á la lengua catalana de una traducción de Anacreonte, y, en general, á los bibliotecarios de Madrid, Sevilla y Barcelona, lo mismo que á los de Portugal, Italia, Francia y Países Bajos, cerca de todos los cuales he hallado la más fraternal acogida y benevolencia.

No incluyo en este ensayo á los *poetas hispano-latinos* imitadores de Horacio, que son en gran número. Queden reservados para una obra especial que (Dios queriendo) daré á luz en su día. Una sola excepción he hecho (por tratarse de una imitación muy *directa* y notable) en favor de Fr. Juan Interián de Ayala.

Las *imitaciones* que se acercan á ser *paráfrasis* van incluidas en la parte primera de esta Memoria, entre los *traductores*. Notarése, sin embargo, alguna irregularidad en esto, como en otras cosas, porque no todas las noticias vienen

á la memoria y á la pluma en el mismo punto.

Escrita tiempo ha la mayor parte de este opúsculo, adolece (lo confieso) de graves imperfecciones de estilo y método, que hubiera yo corregido gustoso, á habérmelo permitido tareas más graves. Esta fué pasatiempo de estudiante que buscaba solaz en la Bibliografía, rendido y fatigado de ciertas explicaciones de *metafísica krausista* que el reglamento le forzaba á oír, y de las cuales sacó el provecho que fácilmente imaginarán los lectores.

Nada de esto sirva de disculpa. El que lanza al mundo un libro con sus tachas, buenas ó malas, debe responder de todas, confiéselas ó no. Pero como las tendencias críticas que en algún modo dictaron este librejo son hoy en mí las que entonces eran, no he tenido inconveniente en divulgarle y someterle á la censura de cualquier lector benévolo que busque en los libros más hechos que palabras. Si halla alguna noticia curiosa y quizá nueva, quedarán cumplidos mis anhelos. En lo demás, me reconozco ignorante y pecador.

¿Y quién no lo es en tales materias? Las omisiones son inevitables y los errores frecuentísi-

mos. Ruego, pues, á todos los aficionados á cuyas manos lleguen estas páginas, que se apresuren á repararlos, pública ó privadamente, con familiares cartas ó acres censuras. Y lo ruego, sobre todo, á ese círculo de eruditos y bibliófilos madrileños que nada encuentran tolerable sino lo que ellos ó sus amigos hacen. Comuniquenme las peregrinas noticias que de fijo tendrán sobre el *horacianismo* en nuestra Península, y que yo no me he atrevido á pedirles, temeroso de que me cerraran su puerta.

Esto va con los bibliófilos. De los críticos *contemporáneos*<sup>1</sup>, diré poco. Parece que les oigo clamar: *Bajo el nombre de horacianos, confunde el autor á poetas de escuelas distintas*. Si no estuviera tan perdida la tradición de nuestros *humanistas*, inútil sería repetir lo que en España se ha entendido siempre por oda *horaciana*. No es sólo la imitación *pura* de Horacio en pensamientos, frases, etc. La oda horaciana tiene por caracteres propios sobriedad de pensamiento, ligereza rítmica, ausencia de postizos adornos, grande

<sup>1</sup> Alúdese á la *Revista Contemporánea*, y especialmente al malogrado Revilla, con quien traía yo entonces ardientes polémicas, trocadas luego en amistad sincera y en acerbo pesar por su arrebatada muerte.

esmero de ejecución.... y generalmente es *muy breve*. Cumplidas estas y las demás condiciones externas del estilo de Horacio (acertado uso de los epítetos, transiciones rápidas, etc.), la composición será *horaciana*, aunque exprese pensamientos *españoles y cristianos*, y hasta *místicos*. Tiene en castellano este género formas rítmicas predilectas, cuales son la *lira* de Garcilasso, la *estrofa* de Francisco de la Torre, la *sáfico-adónica* y muchas combinaciones de versos sueltos. Rara vez emplea las estancias largas, y nada hay menos clásico y horaciano que las canciones *petrarquistas* ó las odas que un crítico llamó *kilométricas*, como si dijéramos las de Quintana. Tampoco sientan bien en la modesta lírica *horaciana* ciertas aparatosas formas y suntuosos ornamentos, de que usa y abusa la llamada *oda pindárica y académica*. ¡Pobre Píndaro, si tornase al mundo, y viera cómo le calumnian!

Por lo demás, con decir que en este libro he dado entrada á todas las imitaciones directas ó indirectas, próximas ó remotas, de composiciones enteras ó de frases sueltas que yo recordaba, queda bastante justificada mi laxitud en este particular. Tampoco he sido parco en la inser-

ción de textos y citas, para que el lector pudiera sacar algún provecho y seguir con menos fatiga estas áridas investigaciones.

¿Necesitaré explicar por qué he llamado á este libro HORACIO EN ESPAÑA y no *Horacio en Iberia*? Lo primero, porque el nombre de *Iberia* lo desacreditó entre las gentes de buen seso cierto partido político. Lo segundo, porque el nombre de *España*, que hoy abusivamente aplicamos al *reino unido de Castilla, Aragón y Navarra*, es un nombre de región, un nombre *geográfico*, y Portugal es y será tierra *española*, aunque permanezca independiente por edades infinitas; es más: aunque Dios la desgaje del territorio peninsular, y la haga andar errante, como á Délos, en medio de las olas. No es posible romper los lazos de la historia y de la raza; no vuelven atrás los hechos, ni se altera el curso de la civilización por divisiones políticas (siquiera duren eternamente), ni por voluntades humanas. Todavía en este siglo ha dicho Almeida-Garret, el poeta *portugués* por excelencia: «*Españoles* somos y de *españoles* nos debemos preciar cuantos habitamos la Península ibérica.» *España y Portugal* es tan absurdo como si dijéramos *España y Ca-*

*taluña*. Á tal extremo nos han traído los que llaman *lengua española* al *castellano* é incurren en otras aberraciones por el estilo.

Basta de preámbulo para un libro que no ha de ser leído por nadie. Seguro estoy de ello. ¡Cómo ha de ser! Predicaremos en desierto, ó con aquel auditorio al cual Persio se dirige en su primera sátira: *uno.... dos.... ninguno*. Los que han saboreado los versos de Horacio

«*Comme on boit du vin vieux qui rajeunit les sens,*»

que dijo Voltaire, quizá me agradecerán el haber reunido estas noticias.





## INTRODUCCIÓN

---

### EPÍSTOLA Á HORACIO

Yo guardo con amor un libro viejo ,  
De mal papel y tipos revesados ,  
Vestido de rugoso pergamino :  
En sus hojas doquier , por vario modo ,  
De diez generaciones escolares ,  
Á la censoria férula sujetas ,  
Vese la dura huella señalada .  
Cual signos cabalísticos retozan  
Cifras allí de incógnitos lectores ,  
En mal latín sentencias manuscritas ,  
Lecciones varias , apotegmas , glosas ,  
Escolios y apostillas de pedantes ,  
Innumerables versos subrayados ,  
Y *addenda* y *expurganda* y *corrigen*da ,

Todo pintado con figuras toscas  
De torpe mano, de inventiva ruda,  
Que algún ocioso en solitarios días  
Trazó con tinta por la margen ancha  
Del tantas veces profanado libro.

Y ese libro es el tuyo ¡oh gran maestro!  
Mas no en tersa edición rica y suntuosa.  
No salió de las prensas de Plantino,  
Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,  
Ni Estéfanos, Bodonis ó Elzevirios  
Le dieron sus hermosos caracteres.  
Nació en pobres pañales: allá en Huesca  
Famélico impresor meció su cuna:  
*Ad usum scholarum* destinóle  
El rector de la estúpida oficina,  
Y corrió por los bancos de la escuela,  
Ajado y roto, polvoroso y sucio,  
El tesoro de gracias y donaires  
Por quien al Lacio el ateniense envidia.

¡Cuántos se amamantaron en sus hojas,  
Á cuántos quitó el sueño ese volumen,  
Lidiando siempre por alzar el velo  
Que tus conceptos al profano oculta!  
¡Cuánto diste suavísimo deleite  
Á quien perseveró en la ruda empresa,  
Y cuánto de sudor y de fatiga  
Á ignorantes y estólidos alumnos!

Hiciste germinar á tu contacto  
Miles de ideas en algún cerebro,  
Llenástele de luz y de armonía,  
Y al influjo potente de tu ritmo,  
El ritmo universal le revelaste.  
Por ti la antigüedad se alzó á sus ojos;  
Por ti Venus Urania, de los cielos  
Bajó á las mentes de adorarla dignas,  
Y allí habitando cual perfecta idea  
Dió vida á su pensar, norma á su canto.  
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,  
Al armónico son de tus canciones  
Brotando de la tierra y del Olimpo,  
Del escolar en torno revolaban  
Que ante la dura faz de su maestro,  
De largas vestimentas adornado,  
Absorto contemplaba sucederse  
Del mundo antiguo los prestigios todos:  
Clámides ricas y patricias togas,  
Quirites y plebeyos, senadores,  
Filósofos, augures, cortesanas,  
Matronas de severo continente,  
Esclavas griegas de ligera estola,  
Sagaces y bellísimas libertas,  
Aroma y flor en lechos y triclinios,  
Múrrinos vasos, ánforas etruscas:  
En Olimpia, cien carros voladores,

En las ondas del Adria, la tormenta,  
 En el cielo, de Júpiter la mano,  
 La Náyade en las ondas de la fuente,  
 Y allá en el valle tiburtino oculta  
 La dulce granja del cantor de Ofanto,  
 Por quien los áureos, venusinos metros  
 En copioso raudal se precipitan  
 Al ancho mar de Pindaro y de Safo.

Yo también á ese libro peregrino,  
 Arca santa del gusto y la belleza,  
 Con respeto llegué, sublime Horacio:  
 Yo también en sus páginas bebía  
 El vino añejo que remozca el alma:  
 Todo en tí lo encontré, rey de los himnos:  
 Mente pelasga, corazón romano,  
 El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,  
 La ática sal, las mieles del Himeto,  
 El ditirambo que á los cielos toca,  
 El canto de Eros que inspiró Afrodita,  
 El *Otium Divos* que la mente aquieta,  
 Y el júbilo feroz con que en las cumbres  
 Del Citerón, en la ruidosa noche,  
 Su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú: tú la encarnaste  
 Como nadie en el mundo la ha encarnado.  
 Á tu triunfal corona las preseas  
 Grecia engarzó de su mejor tesoro:

Rindióte Jonia las melosas voces  
 Con que Anacréon arrulló á Batilo,  
 Tebas el ritmo en que de Dirce el genio  
 Loara al púgil en la lid triunfante  
 Y al vencedor en la cuadriga rauda:  
 Del enemigo de Licambo hubiste  
 El crudo hierro convertido en yambo,  
 La alada estrofa en que de Cleis la madre  
 Supo inflamar con férvidos amores  
 Á bien trezadas vírgenes Lesbianas,  
 Y el són de Alcéo entre borrascas hórridas  
 Al opresor de Mitilene infausto.  
 Todo, rey de la lira, lo abarcaste,  
 Pusiste en todo la medida tuya,  
 El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!  
 La concisión, secreto de tu numen.  
 En torrentes de números sonoros  
 Despéñase tu ardiente fantasía,  
 Mas nunca pasa el término prescrito  
 Por la armónica ley que á los helenos  
 Las hijas de Mnemósine enseñaron.  
 ¡Tiempo feliz de griegos y latinos!  
 Calma y serenidad, dulce concierto  
 De cuantas fuerzas en el hombre moran,  
 Eterna juventud, vigor eterno,  
 Culto sublime de la forma pura,  
 Perenne evocación de la armonía!

¡ Bárbaros hijos de la edad presente!  
 Horacio, ¿ lo crearás? graves doctores  
 Afirman que los hórridos cantares  
 Que alegran al Sicambro y al Scita  
 Ó al Germano tenaz y nebuloso,  
 Oscurecen tus obras inmortales  
 Labradas por las manos de las Gracias,  
 Cual por diestro cincel mármol de Paros.

¡ Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!  
 ¿ Quién te dijera que en la edad futura  
 De Tudescos y Slavos el imperio  
 En la ley, en el arte y en la ciencia  
 Nuestra raza latina sentiría,  
 Y que nombres por ti no pronunciables,  
 Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,  
 El habla de los Dioses enturbiando,  
 Tu nombre borrarían?

Orgullosos

Allá arrastren sus ondas imperiales  
 El Danubio y el Rhin antes vencidos.  
 Yo prefiero las plácidas corrientes  
 Del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,  
 Del Ebro patrio ó del ecuóreo Betis:  
 ¡ Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio!  
 Yo soy latino y adorarte quiero.  
 Animense tus hojas inmortales.  
 Que Régulo otra vez alce la frente,

Y el beso esquite de la casta esposa,  
 Y el pueblo aparte que su paso impide,  
 Y á los tormentos inmutable torne:  
 Que entre las ruínas del vencido mundo  
 Caiga el atroz Catón nunca domado:  
 Que Druso á los Vindélicos aterre,  
 Como el ave de Jove fulminante  
 Desciende sobre tímida bandada:  
 Que las torres de Ilión maldiga Juno,  
 Dos veces humilladas en el polvo,  
 De Laomedon por la perfidia insana,  
 Por el inicuo juez y la extranjera:  
 Que de Palas la égida sonante  
 Á los Titanes otra vez resista:  
 Que las Danaides el acero empuñen  
 Y en sangre tiñan los nupciales lechos:  
 Que el níveo toro á la de cien ciudades  
 Creta, conduzca la robada ninfa:  
 Que los corceles del rugiente trueno  
 Lance el Saturnio por el aire vago,  
 Y se estremezca desquiciado el orbe,  
 Mas nunca el pecho del varon constante.

¡ Ven, libro viejo; ven, roto y ajado!  
 Quiero embriagarme de tu añejo vino;  
 Á Baco ver entre escarpados montes,  
 Á Fauno amante de ligeras ninfas,  
 Á Hermes facundo y al intonso Cintio!



Quiero vagar por los amenos bosques  
 Donde la abeja susurró de Tíbur,  
 Y en los brazos de Lidias y Gliceras  
 Posar la frente, al reclinar la tarde,  
 Orillas de la fuente de Blandusia;  
 O ante la puerta de la dura Lyce  
 Que el Aquilón con ímpetu sacude,  
 Amansar su rigor con mis querellas;  
 Ó volar con la nave de Virgilio  
 Que hacia las playas áticas camina  
 Y guarda la mitad del alma tuya.  
 ¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!  
 Canta la paz, la dulce medianía,  
 El *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,  
 El *Carpe diem* que al placer anima,  
 El *Rectius vives* que enaltea el alma.  
 Canta de amor, de vinos y de juegos,  
 Canta de gloria, de virtudes canta.

¡Siempre admirable! Recorrer contigo  
 Quiero las calles de la antigua Roma,  
 Con Damasípo conversar y Davo,  
 Reirme de epicúreos y de estoicos,  
 Viajar á Brindis, escuchar á Ofelo,  
 Sentarme en el triclinio de Mecenas,  
 Y aprender los preceptos soberanos  
 Que dictaste festivo á los Pisones.  
 Vengan dáctilos, yambos y pirriquios

Caldeados en tu fragua creadora.  
 Que se entrelacen en vistoso juego,  
 Y dancen cual las ninfas desceñidas  
 Que con rítmico pie baten la tierra.  
 La antigüedad con poderoso aliento  
 Reanime los espíritus cansados;  
 Y este hervir incesante de la idea,  
 Esta vaga, mortal melancolía  
 Que al mundo enfermo y decadente oprime,  
 Sus fuerzas agotando en el vacío,  
 Por influjo de nieblas maldecidas  
 Que abortó el Septentrión, ante su lumbre  
 Disípense otra vez. Torne el radiante  
 Sol del Renacimiento á iluminarnos,  
 Cual vencedor de bárbaras tinieblas  
 Otro siglo lució sobre Occidente,  
 Los pueblos despertando á nueva vida,  
 Vida de luz, de amor y de esperanza.  
 Helenos y latinos agrupados  
 Una sola familia, un pueblo solo,  
 Por los lazos del arte y de la lengua  
 Unidos, formarán. Pero otra lumbre  
 Antes encienda el ánima del vate;  
 Él vierta añejo vino en odres nuevos,  
 Y esa forma purísima pagana  
 Labre con mano y corazón cristianos.  
 ¡Esa la ley será de la armonía!

Así León sus rasgos peregrinos.  
 En el molde encerraba de Venusa;  
 Así despojos de profanas gentes  
 Adornaron tal vez nuestros altares,  
 Y de Cristo en Basílica trocóse  
 Más de un templo gentil purificado.  
 ¡Adiós, adiós, liberto venusino!  
 En vano el Septentrión hordas salvajes  
 De nuevo lanzará: sobre el estrago  
 Triunfante se ha de alzar el libro viejo,  
 De mal papel é innúmeras erratas,  
 Que con amor en mis estantes guardo.



TRADUCTORES CASTELLANOS

DE

HORACIO

MONOGRAFÍA BIBLIOGRÁFICA, CON NOTICIAS É INDICACIONES ACERCA DE LOS PRINCIPALES COMENTADORES ESPAÑOLES DE ESTE LÍRICO LATINO.

I.

**D**OLIÉNDOME de que nuestra literatura careciese aún de una *Biblioteca de traductores*, dejado aparte el ligerísimo ensayo de Pellicer, y perdidos ó ignorados los posteriores del P. Bartolomé Pou<sup>1</sup>, de Capmany y de D. Eustaquio Fernández de Navarrete, determiné, tiempo ha, llenar este vacío en cuanto

<sup>1</sup> Vid. Bover (D. Joaquín María), *Biblioteca de escritores baleares*, Palma, imp. de P. J. Gelabert, 1868. En el tomo II, página 140 y siguientes, le extracta, según el MS. que él poseía. El título exacto del trabajo del P. Pou era *Specimen editionum auctorum classicorum*. Los traductores son sólo una parte, y es la que Bover extracta.